

que estas no pueden aislarse de ella para concebir y formular el acto de fe sobre la existencia de Dios y de su divino Hijo Jesús; pero nosotros podemos hacer este acto y aplicarlo á otros muchos objetos que ya conocemos por otros medios, porque este conocimiento físico ó moral no nos penetra con bastante intensidad y viveza, que nos sea imposible aplicar nuestra voluntad é inteligencia á ciertos motivos de orden superior. Para hacer mas sensible esta diferencia podemos añadir que los Santos contemplan á Dios por la vision intuitiva y sobrenatural, de modo que no pueden creer en él en este mismo orden; pero nosotros, que naturalmente conocemos su existencia con algunas de sus perfecciones, y aun de una manera tan imperfecta, podemos contemplarle de una manera sobrenatural, creyendo por su autoridad lo que tambien podemos conocer por medios naturales.

EL DR. ¿Ofrece alguna dificultad la primera opinion?

EL TEÓL. Una por lo menos, de cuya gravedad podeis haceros cargo, á saber, que las proposiciones ó artículos de la fe serán mas ó menos numerosos segun se posea mas ó menos instruccion: asi el ignorante que no conoce por la historia la vida de Jesucristo, la cree por la fe, segun el símbolo, y el erudito la admite como un simple hecho histórico. No es esta ciertamente la unidad de la fe, que tan admirable se muestra en la Iglesia de Jesucristo. La fe debe ser completa y la misma en todos, así por lo que hace al principio como al objeto, y estas son las dos propiedades de que teníamos que tratar. Nada diré de otra propiedad llamada certidumbre de la fe, pues desde luego se echa de ver que la virtud que descansa en la veracidad de Dios ofrece el motivo de la mas alta certidumbre posible. Esta consideracion es bastante fuerte para demostrar á los incrédulos y á los enemigos del Cristianismo que la creencia de los Católicos no es un acto de simplicidad estúpida, porque la fe se funda en la palabra de Dios, que es la base de la certidumbre mas perfecta.

EL DR. ¿Qué puede decirse de la necesidad de la fe?

EL TEÓL. Que el hombre, en su actual estado, no se ha salvado nunca sin la fe sobrenatural, mas ó menos extensa, mas ó menos explicita en su objeto. Sin la fe no es posible ninguna virtud ni accion sobrenatural; porque todo lo que se hace sin esta virtud queda circunscrito al orden puramente natural. Al tratar del Decálogo tendremos ocasion de examinar de nuevo la necesidad de la fe.

EL DR. Desde el advenimiento de Jesucristo ¿cuál es el objeto de la fe indispensable para la salvacion?

EL TEÓL. Segun el comun sentir de los teólogos, debemos creer

explicitamente en los misterios de la santísima Trinidad, de la Encarnacion y de la Redencion; pero los restantes solo requieren una fe implícita. Y no hay que preocuparse por la suerte de los infieles que viven en la práctica de las virtudes morales, porque ya recordais lo que dijimos en otra conferencia. Dios se interesará por ellos, proporcionándoles por un medio cualquiera el conocimiento de la fe, sin la cual no les fuera posible salvarse.

CONFERENCIA XIX.

LA ESPERANZA Y LA CARIDAD.

EL DR. Siguiendo el orden de las virtudes teologales, hablaremos de la esperanza; pero desearia que me explicáseis en qué consiste la esperanza, considerada filosóficamente, para aplicarla despues al orden sobrenatural.

EL TEÓL. Mucho celebro vuestra idea, porque despues de haber considerado la esperanza filosóficamente, comprenderéis con mas facilidad lo que diremos de ella como virtud teologal. La esperanza puede definirse en sentido filosófico: un fuerte deseo de un bien ausente y difícil, pero posible, con la confianza de alcanzarlo.

Desde luego conoceréis que la esperanza no puede ser una simple veleidad, pues por ella debe experimentar el alma alguna cosa mas, un deseo vehemente, ó como dicen otros, un movimiento, una tendencia hácia el objeto que quiere alcanzar. Este bien debe ser futuro para caracterizar la esperanza, porque si es pasado, produce el sentimiento que llamamos alegría ó tristeza, y si es presente produce un placer que llamamos amor ó afecto. Además este bien debe ser difícil, pero posible, porque si su adquisicion costase poco esfuerzo, no podria experimentarse el vehemente deseo ó el movimiento declarado de la esperanza; y si no se concibiese la posibilidad de lograr este objeto, tampoco podria haber esperanza sino tan solo un deseo estéril é insignificanté, porque no habria razon para hacer grandes esfuerzos.

EL DR. Comprendo esta esperanza en general; pero ¿qué viene á ser en el orden sobrenatural?

EL TEÓL. Una virtud teologal infusa, que induce á esperar de Dios con confianza, por la lealtad con que cumple sus promesas, la

felicidad eterna y los medios de conseguirla. Sin duda comprendéis el sentido de la mayor parte de estos términos, recordando lo que dijimos en la conferencia anterior, y por tanto no hay necesidad de explicarlos de nuevo.

EL DR. Parece efectivamente que conservo de ellos una idea bastante clara; por lo que podemos pasar al objeto de la esperanza.

EL TEÓL. Ninguna dificultad tendremos sobre el objeto de esta virtud que los teólogos llaman material, es decir, sobre la cosa que se espera, pues indudablemente es Dios, como nuestro bien, la felicidad eterna y los medios necesarios para conseguirla. Por lo que hace al objeto formal ó al motivo, es preciso recordar que el motivo de una virtud teologal ha de ser un atributo de Dios; por lo que no puede admitirse como motivo de la esperanza teologal ni la dificultad de conseguir el objeto, ni la hondad que este nos presenta, como suponen ciertos doctores, pues tengo para mí que nadie espera un objeto por la dificultad de alcanzarlo, ni un bien por el solo hecho de creer que hará su felicidad. Para concebir una verdadera esperanza se necesita otra cosa.

EL DR. ¿Cuál será, pues, el atributo de Dios, que en vuestro concepto constituye el motivo de la esperanza teologal?

EL TEÓL. En dos palabras está dicho: la fidelidad con que Dios cumple sus promesas.

EL DR. Y el sujeto de esta virtud ¿cuál es? ó en otros términos, ¿en quién existe?

EL TEÓL. Todos los Cristianos, á excepcion de los herejes y de los infelices que desesperan de salvarse. Ninguna dificultad hay con respecto á los últimos; mas en cuanto á los herejes, no es posible que tengan la esperanza establecida sobre esta virtud, puesto que les falta la fe, como dijimos en otra conferencia. En efecto ¿cómo puede esperarse de una manera sobrenatural lo que tampoco puede creerse en el orden igualmente sobrenatural? Es evidente que existe en las almas del purgatorio, mas no en los bienaventurados. En estas almas inundadas de felicidad tampoco puede ser objeto de una esperanza propiamente dicha la posesion futura de la gloria de su cuerpo, sino tan solo, cuando mas, la ocasion del deseo.

EL DR. Á decir verdad, concibo perfectamente la fe como un homenaje que rendimos á la veracidad de Dios; pero la esperanza me parece un egoismo vituperable, puesto que nos induce á buscar á Dios como nuestro bien ó nuestra felicidad. Tengo para mí que la criatura debiera amar á Dios únicamente por ser quien es: este es el

único sentimiento digno del hombre y del Ser infinitamente perfecto.

EL TEÓL. Sin duda fuera mas digno buscar á Dios precisamente por su amabilidad; mas esta idea de perfeccion no hace que la esperanza sea mala é injuriosa al Señor. Segun la expresion de los teólogos, la esperanza es honesta, sobrenatural y necesaria: ya sabéis que los Libros santos la recomiendan, que la ensalzan, que la prescriben con frecuencia, que nos ponen de manifiesto á cada paso las magnificencias del cielo para excitarnos á esperarlo, y por consiguiente ¿cómo puede decirse que sea un egoismo vituperable, indigno del hombre y de su Criador? ¿No es acaso, por lo contrario, un homenaje que rendimos al Señor el considerarlo como nuestro soberano bien y el esfuerzo que hacemos para conseguirlo como el único término de nuestra eterna felicidad? El hombre que gime en el pecado, ¿por ventura no honra á su Padre que está en el cielo, cuando echa de menos el derecho de reinar con él, y cuando redobla generosamente sus esfuerzos por la esperanza de conseguirlo de nuevo?

EL DR. Sin embargo la disposicion de esta alma egoista me parece de tal naturaleza, que si no hubiese recompensa dejaria de servir á su Dios.

EL TEÓL. Demasiado tenia previsto que llegaríais hasta el extremo de falsear el principio de la esperanza cristiana. Es preciso tener en cuenta que la esperanza no conduce bajo ningun concepto á una condicion tan irrazonable y tan impia: el cristiano sabe por la fe lo que Dios le promete como recompensa de su fidelidad, y esta bondad misericordiosa del Señor, añadida á tantos beneficios, es una razon de mas que nos induce á servirle y honrarle, sin que en ella influya en manera alguna la disposicion mercenaria y culpable de que habláis.

EL DR. No deja de ser sin embargo un trastrueque vituperable, como que, en lugar de referirse á Dios, refiere Dios al hombre.

EL TEÓL. Sin duda os alucináis con el sentido de la palabra referir; pero luego veréis que en el sentido cristiano no puede escandalizar á nadie. Referir un objeto á sí es casi siempre considerarle como inferior; pero puede haber otras relaciones que excluyan este orden de inferioridad: así sucede con el hijo que no puede ser feliz sin la presencia de su padre. ¿Diréis acaso que este hijo se considera superior á su padre, puesto que le refiere á sí mismo, como se trae una suma de dinero? ¿por ventura no es, por lo contrario, digno de elogio el que experimenta y expresa este afecto, que le induce á buscar con toda la vehemencia de su deseo al tierno padre, sin el cual

no puede poseer la felicidad? Hé aquí una idea de la esperanza del cristiano con relacion á su Dios.

EL DR. En la cual el hombre es siempre para sí mismo el último fin.

EL TEÓL. Verdad es que por esta virtud el hombre aspira á la posesion de Dios y que trabaja para conseguirla; pero no se le alcanza que en este sentimiento veais al hombre que se considera á sí mismo como su último fin, puesto que confiesa que no reúne los elementos de la felicidad; de suerte que por este solo hecho inclina su inteligencia y su corazón á Dios, que es su única y soberana felicidad. ¿No es esto confesar que el hombre debe inclinarse siempre á su Criador y entregarse á él como su principio de vida, á su felicidad suprema, á su último fin, á su todo? Así es que todos debemos exclamar con el real Profeta: *Clamé á tí, ó Señor, diciendo: tú eres la única esperanza mía, mi porcion en la dichosa tierra de los vivientes*¹. Llegamos á una virtud que seguramente trataréis con menos severidad que la esperanza, con tal que no considereis como un sentimiento de presuncion vituperable la amistad que nos induce á contraer con Dios. En la caridad aparece desde luego el carácter de virtud teologal, ya porque Dios es su principal objeto, ya porque le amamos por ser quien es y por sus perfecciones infinitas.

EL DR. Efectivamente no concibo la existencia de una verdadera amistad entre Dios y sus criaturas sin faltar á la majestad divina.

EL TEÓL. El Señor hubiera podido imponernos la obligacion de amarle sin manifestarnos su amor, ó como dicen los teólogos, sin *redamacion* de su parte, segun el derecho de un Criador omnipotente; mas en su bondad incomprendible hácia el hombre se ha dignado contraer con él una especie de alianza de amistad. Muy sencilla es y muy fácil la explicacion de estas palabras, que tan admirables os parecen. Tres condiciones esenciales se requieren para que haya verdadera amistad: primeramente que haya amor recíproco, luego que este amor lo sea de benevolencia, y por último que entre los amigos haya alguna comunicacion de bienes; siendo este precisamente el amor que reina por la caridad entre Dios y nosotros. Las palabras de los Proverbios, *Yo amo á los que me aman*², nos demuestran que el amor es recíproco. Tambien reúne de una manera evidente el carácter de benevolencia, puesto que amamos á Dios por ser quien es, y Dios se ha dignado amarnos para nuestra felicidad personal hasta el punto de entregar á su Hijo único para que fuese crucificado³.

¹ Ps. CXXI. — ² Prov. VIII. — ³ Joann. III.

Igualmente hay en este amor una mútua comunicacion de bienes, porque al rendirle continuamente un homenaje de nuestras acciones y de nuestra vida nos entregamos libremente á Dios, al paso que el Señor nos prodiga los bienes de su providencia y las gracias sobrenaturales que nos hacen partícipes de su naturaleza divina¹. Así es que ya en esta vida nos suministra la inefable comunicacion de sí mismo para hacerla eterna y mas perfecta en el cielo.

El prójimo, tomado en sentido general, es el objeto secundario de la caridad, en cuyo seno caben el infiel, el judío, el hereje, el pecador, las almas que sufren en el purgatorio y los Santos que triunfan en el cielo. No puede existir esta virtud divina en los que carecen de fe, como tampoco en el alma que ha caído en pecado mortal, porque Dios ama á los que se hallan en la caridad, en los cuales establece su mansion.

EL DR. Mas ¿cómo puede destruirse por un solo acto de voluntad una virtud ó una calidad habitual?

EL TEÓL. Es preciso distinguir entre virtud infusa y virtud adquirida. Un acto aislado no destruye ciertamente una calidad adquirida por el hábito, pues, si así vale decirlo, esta calidad depende del sujeto, el cual no suele perderla sino por el vicio contrario; pero no sucede lo mismo con las virtudes infusas, pues estas dependen de la accion y de la voluntad de Dios, que las conserva en el justo. Así el hombre que se hace culpable de pecado mortal se hace tambien enemigo de Dios, y destruye la caridad en su corazón.

EL DR. Tambien son virtudes infusas la fe y la esperanza, mas no decimos que se pierdan por cualquier pecado mortal.

EL TEÓL. Es verdad: Dios en su misericordia suele dejar al culpable la fe y la esperanza sobrenaturales, de las que pudiera privarle inmediatamente despues de su pecado. Para perderlas es preciso cometer un pecado mortal opuesto á las mismas virtudes, segun hemos dicho anteriormente; mas en cuanto á la caridad, la destruye en nosotros cualquier pecado mortal, puesto que rompe la union de amor y de amistad recíproca que constituye esta virtud teologal. La esperanza y la fe son un homenaje que rendimos á la veracidad y á la fidelidad de Dios, y por consiguiente no son incompatibles con el pecado mortal: así es que el culpable no deja de creer ni de esperar, á pesar de su crimen, porque puede continuar produciendo los actos de estas virtudes sobrenaturales; pero la caridad no puede aso-

¹ II Petr. I.

ciarse con el pecado mortal, porque este rompe los vínculos que nos unian á Dios, y nos hace enemigos suyos.

Esta virtud debe ser interior, sobrenatural, pura, soberana, y sin restriccion en el objeto. Las primeras calidades quedan explicadas suficientemente en lo que hemos dicho; por lo que solo tenemos que hablar de las que la hacen pura y soberana. La caridad puede ser soberana en intensidad y en estimacion: en intensidad, si se experimenta un amor vehemente que produzca en nuestra alma una impresion viva, sensible y profunda; pero será soberana en estimacion si amamos á Dios sobre todas las cosas, en razon de sus perfecciones infinitas, de suerte que nos hallemos en disposicion de hacer cualquier sacrificio antes que separarnos de esta caridad divina.

Sentados estos preliminares, vamos á resolver una dificultad que ha debido de ocurrirnos sobre la intensidad del amor de Dios. Para tener la caridad no es necesario experimentar el amor sensible, profundo y vehemente que es patrimonio de las almas privilegiadas; porque si Dios hubiese exigido de nosotros un amor semejante, tambien debiera constituirnos de otro modo, por lo menos despues del pecado de Adán. Esto se concibe fácilmente si se considera que en nuestra condicion miserable las cosas sensibles son las únicas que nos conmueven vivamente por simpatía, al paso que los objetos espirituales, aunque mas perfectos, excitan débilmente nuestra parte sensitiva, y en este concepto puede decirse que una madre cristiana ama casi siempre á su hijo mas que á su Dios.

EL DR. Parece sin embargo que la caridad debe ser muy intensa para que pueda Dios aceptarla.

EL TEÓL. Así lo han dicho ciertos teólogos, y este es el sistema de algunos herejes rígidos; pero, segun la común doctrina, no es necesario tener muchos grados de caridad. Lo que constituye las virtudes, con arreglo á los verdaderos principios teológicos, no es la intensidad; así el que cree y espera con las condiciones indicadas tiene real y verdaderamente fe y esperanza, prescindiendo de los grados que reunen estas virtudes; y aunque será mas agradable á Dios el que cree y espera con mas intensidad, el primero tendrá estas virtudes en grado suficiente para cumplir el precepto de la fe y de la esperanza cristiana. Lo propio debe decirse de la caridad: «La mas pequeña gota, dice santo Tomás, es una verdadera caridad, y con ella basta para unirnos á Dios.»

EL DR. ¿Será suficiente de suyo la caridad de estimacion?

EL TEÓL. Tal es el común sentir de los teólogos; pero no creais

que con ello se considere la caridad como una virtud del entendimiento, cuando debemos amar á Dios con todo nuestro corazon, porque tambien debemos amarle con todo nuestro entendimiento y con toda nuestra alma. Estas expresiones se refieren al amor posible en la tierra, y conforme á nuestro estado con respecto á Dios, á quien vemos solamente en enigma y por la fe, no habiendo necesidad de determinar si la caridad estimativa pertenece mas al entendimiento que al corazon; porque el hombre poseerá suficientemente la caridad y la amistad de su Dios con solo hacer en su alma este acto de preferencia, y obrar de una manera análoga.

EL DR. Para que la caridad tenga la pureza y desinterés suficiente ¿debemos acaso rechazar cualquiera idea de felicidad personal ó abstraerla siquiera, para amar exclusivamente á Dios por ser quien es y por su amabilidad infinita?

EL TEÓL. No ignorais que hubo en este punto una polémica famosa entre Bossuet y Fenelon. El ilustre Arzobispo suponía que la caridad no es perfecta si no excluye todas las ideas, afectos y esperanzas de felicidad personal; pero Bossuet aseguraba que esta caridad tan pura es imposible, porque el hombre busca siempre su felicidad, siendo esta en el estado presente la condicion esencial de su naturaleza, que ciertamente no puede modificar.

EL DR. Y en vuestro concepto ¿cuál de estos grandes hombres andaba mas acertado?

EL TEÓL. Ni uno ni otro, pues tengo para mí que entrambos se apartan de la verdad. Fenelon exagera la perfeccion de la caridad prescrita, al suponer que nunca es perfecta y suficiente si no excluye todas las ideas de esperanza y de propia felicidad; porque semejante estado de caridad, en la condicion en que nos hallamos actualmente sobre la tierra, es imposible; de suerte que el acto mismo que producimos para cumplir el precepto de la caridad no debe despojarse esencialmente de cuanto se refiere á nuestra felicidad. Basta para ello con la conciencia del amor de Dios, en razon de sus perfecciones infinitas; pero tambien andaba exagerado Bossuet al suponer imposible un *solo acto* de este amor desinteresado; porque en un transporte de gran fervor se concibe fácilmente que las almas generosas pueden elevarse á dicho desinterés y pureza, amando al Señor por su amabilidad infinita, prescindiendo enteramente de su propia felicidad, y desechando la misma idea de felicidad personal cuando se les ocurra. Por lo demás, en la práctica lo mejor es amar por el poderoso atractivo que el mismo Jesucristo nos ofrece en su Evangelio: *Quien ha*

recibido mis mandamientos y los observa, ese es el que me ama. Y el que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré y me le manifestaré á mi mismo ¹.

EL DR. Habeis dicho que en el cielo no hay fe ni esperanza; pero ¿debemos decir lo mismo de la virtud de caridad?

EL TEÓL. No, pues segun san Pablo, la caridad subsiste en los bienaventurados. Podrá ser mas intensa y mas sabrosa, pero será la misma caridad que especificamos por la infinita amabilidad de Dios. El Apóstol la enseñaba á los corintios con estas palabras tan claras: *La caridad nunca fenece* ².

EL DR. Parece sin embargo muy diferente la caridad del cielo, pues esta virtud se regula sobre la tierra por la fe, al paso que la caridad de la patria celestial está formada por la vision intuitiva. Además la una es libre, y la otra necesaria; de manera que unas reglas tan diversas y unas condiciones tan opuestas deben de producir actos de virtud muy diferentes.

EL TEÓL. Basta con un poco de atencion para hacerse cargo de la solucion de esta dificultad. El amor no toma su especificacion del objeto contemplado ó invisible, poseido ó ausente, sino tan solo del motivo que induce á amarle; y desde luego se echa de ver que este motivo puede existir y realmente existe lo mismo en la caridad de la tierra que en la del cielo. Lo propio debe decirse de la necesidad y de la libertad del amor, pues no pudiendo especificarle estos estados diferentes, siempre es preciso recurrir al motivo, que seguramente es el mismo en el amor necesario de los Santos que en el amor libre que experimentamos sobre la tierra.

EL DR. Permitidme por última vez otra pregunta sobre las tres virtudes teologales. ¿Son acaso susceptibles de aumento?

EL TEÓL. Os convenceréis de ello al examinar la gracia y los Sacramentos. Por ahora me contraigo á recordar estas palabras del concilio de Trento: «Este es el aumento de santidad que pide la santa Iglesia cuando dice en sus oraciones: Danos, Señor, aumento de fe, esperanza y caridad ³.»

¹ Joann. XIV. — ² I Cor. XIII. — ³ Ses. 6, c. 10.

CONFERENCIA XX.

LAS VIRTUDES MORALES.

EL DR. Os habeis propuesto tratar sucesivamente de las virtudes teologales y morales para hacer mas metódica esta importante cuestion; y habiendo visto lo que concierne á las primeras, vamos á tratar sin duda de las segundas. ¿En qué consisten y cuántas son las virtudes morales?

EL TEÓL. Llámense virtudes morales unas calidades que inducen á arreglar las costumbres de una manera conforme con la razon; y aunque son muchas, podemos agruparlas todas al rededor de las cuatro llamadas cardinales ó principales, á saber: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Estas virtudes las vemos indicadas en este pasaje del libro de la Sabiduria: *Si alguno ama la justicia ó santidad de vida, frutos son de los trabajos ú obras de esta sabiduria las grandes virtudes; por ser ella la que enseña la templanza, la prudencia, la justicia y la fortaleza, que son las cosas mas útiles á los hombres en esta vida* ¹.

La prudencia dirige nuestros actos de una manera conforme con la razon en la práctica de las otras virtudes, de las que, si así vale decirlo, es la norma y la regla. Esta virtud supone necesariamente la inteligencia, la docilidad, la diligencia, la precision y la circunspeccion; porque no podemos reconocer una verdadera prudencia en el que no tiene la inteligencia moral del acto que va á hacer, ni en el que carece de docilidad para seguir los consejos útiles, ó de prontitud para aprovecharse de los momentos oportunos, ni en el que deja de prever el resultado de los medios que emplea, ni en el que se halla sin circunspeccion suficiente para evitar las circunstancias capaces de comprometer el buen éxito de sus acciones.

Á esta virtud se oponen dos especies de vicios, los unos por defecto, y los otros por exceso. Entre los primeros se cuenta la irreflexion, la precipitacion, la inconstancia y la negligencia, y entre los segundos la prudencia de la carne, la astucia, el dolo, el fraude, y finalmente la excesiva solitud de las cosas temporales para el porvenir.

¹ Sap. VIII.